

tinua de auxiliares y auxilios cruentos al irruptor monárquico en defensa de su trono; muestran que Luis XVI no estuvo jamás tan limpio de sangre como él creía, y que, si á defenderse tocaban también sabía defenderse, combatir, matar, según hizo la madrugada del diez de Agosto, dejando primero inmolar á sus vasallos por los suizos de la guardia real y dejando luego inmolar los suizos de la guardia real por sus vasallos. No estaba de sangre tan limpio, como él creía, ni era posible; pues toda revolución resulta en el fondo un verdadero combate sangriento y todo combate pide sacrificios é inmolaciones inevitables. Las ideas contrarias, empeñadas en lucha enorme, concluyen siempre por salpicarse mutuamente de sangre.

No obstante todo esto, las defensas y los defensores del Rey parecían por do quier y menudeaban de un modo extraordinario. Aunque hayamos hablado mucho de ello, no podemos sino insistir, porque á la humanidad honra y embellece á la Historia. Cuando vamos á perdernos en círculos, por tan extremos complicados, de guerra y de matanza, bueno será detenernos un poco ante la caridad, ante la compasión, ante los humanos afectos, honra y esplendor de nuestra especie. Ya hemos dicho, cómo Luis XVI nombrara por primeros abogados suyos á Tronchet y á Target. Ya hemos dicho también, cómo este último se negó á la defensa, por miedo, según Lamartine, por agotamiento de fuerzas en opinión y juicio de Michelet. Como auxiliar del abogado elegido por él, definitivamente, nombró á Deseze, esperto jurisconsulto, muy acostumbrado á las diminutas competencias y á las perdurables triquiñuelas del foro. Mas los defensores, para honra del género humano, surgían por todas partes. Ya hemos evocado el nombre de Necker y aplaudido la defensa hecha por el famoso ministro de un Rey, que nunca le había querido. Otra persona en este momento, se ofreció á la defensa, el gentil hombre Auviez, expellido como embajador oficioso al Rey de Prusia por el Monarca, y que, si bien hiciera su oferta bastante tarde, obtuvo del gobierno prusiano una pensión vitalicia, la cual sumaba doce mil francos. Un jurisconsulto, Detroyes, mostró grande valor al ofrecerse y decir ante la Comunidad y ante la Convención, ambas crueles, que se ofrecía por estar profundamente convencido de la inocencia del Rey. Todos estos defensores y todas estas defensas, hacen que uno se fije más y más en el gran hombre de bien, que se llamó Malesherbes. Todo el mundo reconoce, no ya la inmaculada honradez de tal hombre, su excelsa y acrisoladísima virtud. Digan cuanto quieran los supersticiosos, esta virtud crecía de punto por su origen purísimo, por el amor al bien, que no tiene castigo, ni aguarda recompensa. Desconocedor de los hombres Malesherbes, era conocedor de los libros; y si aquel desconocimiento le hizo poco propio para vivir en la entonces volcanizada sociedad, le hizo muy propio para morir en aquella horrible guillotina. Setenta y dos años tenía en esta hora crítica de su inmortal historia, pero la edad ya muy crecida no melló su fuerte inteligencia y no enfrió su cariñoso corazón. Pequeño por su estatura, vulgar por su ros-

tro, la estatura moral de su conciencia y la singularidad hermosísima de su alma contrastaban de todo en todo con su breve cuerpo. Sus ideas estaban llenas de savia primaveral, sus sentimientos henchidos de una electricidad comunicativa y ardiente. Algo de volterianismo había en su frase cáustica, pero, en sus ideas filosóficas había mucho de la inspiración bebida en grandes y reveladoras creencias. Estas le daban un valor pocas veces igualado en el mundo. Necesitábase por entonces mayor fuerza de voluntad para llamar á Luis XVI con sus regios títulos y con sus antiguos tratamientos que para tomar una batería de cien cañones á pecho descubierto. Y así le llegó la guillotina, encontrándolo en la sublime indiferencia del justo, entregado á la resiguación del mártir, al año siguiente de sus heroicos arrestos y de su gloriosísima defensa. Comenzado el terror que la muerte de Luis XVI recrudesciera, impeliéronle muchos á la emigración; y nadie pudo persuadirle á ella, pues prefirió morir por violencia en sus tierras nativas á vivir largos años vida serena en tierras extranjeras. Guillotinado un yerno suyo por una protesta escrita el año primero de la revolución francesa contra las nuevas libertades, no quisieron, ni la Comunidad ni la Convención, dejarlo en el olvido, y lo condujeron á sus mazmorras para elevarlo á su guillotina. Malesherbes, de un estoicismo incomparable, no supo resistirse, ni escaparse, aunque hubiera podido hacerlo; tendió el cuello á la cuchilla con aquella misma resignación que los mártires del cristianismo usaban al ir desde los subterráneos de las Catacumbas á los senos de las hogueras. El motivo invocado por la Convención para matarlo fué que, diciéndole un criado haberse perdido aquel invierno por heladas las viñas y no haber para el año siguiente ni un asomo de vino, exclamó: «tanto mejor, así estarán más frías nuestras cabezas.» Acostumbrado á remontar su reloj de bolsillo todos los días á las doce, murió guillotinado á las dos; y el sepulturero de Monseau, pudo ver, al darle tierra, que á las doce, como siempre, había hecho la misma operación, cual si debiera seguir contando el tiempo y no penetrar en la misteriosa eternidad. Hé ahí un verdadero estoico moderno, superior indudablemente á los antiguos estoicos.

Hasta mujeres hubo entre los aspirantes á la defensa del Monarca, y mujeres de alegre vida. El nombre de Olimpia Goujes no me dejará mentir. Michelet le consagra dos páginas en su maravillosa *Historia de la Revolución*, y en estas dos páginas, á pesar de ser laudatorias, la llama ligera, muy ligera. ¡Qué tiempos aquellos! Todo el mundo arriesgaba con facilidad la vida, no sólo por sus ideales eternos, por sus fugaces efectos. Mucho puede la curiosidad en ánimos femeniles y mucho también la vanagloria; pero no puede atribuirse, ni á curiosidad ni á vanagloria, el propósito heroico de salvar ó defender al Rey, cuando por logro y satisfacción de este propósito únicamente se obtenía la guillotina y la muerte. Arrastrada Olimpia por las corrientes de ideas entonces á la moda, desdeñó toda preocupación que pudiera encaminarse á nadar y guardar la ropa; echóse por completo en aquella inundación, y no se curó de si concluiría por ahogarla, como al cabo la ahogó. No

hay que pedirle á caracteres como el propio de una mujer ligera, por no llamarle perdida, resolución y firmeza. El partido más en boga conseguía su adhesión, si lograba interesar la sensibilidad nativa suya y mover los nervios. Así anduvo durante todo el período revolucionario, de idea en idea liberal, cualesquiera que fuesen sus matices, como la mariposa va entre los pétalos, cualesquiera que sean sus colores, y la abeja entre los cálices, cualesquiera que sean sus mieles. Y estos cambios bruscos, por ella comentados de viva voz á la continua, le suscitaban enemigos en todas partes, y la traían á mal traer en todas las crisis de su vida. Los cortesanos dudaban de su conversión monárquica, y la creían republicana. Inocente la infeliz y gárrula, publicó un folleto que la perdiera más tarde, mostrando los motivos de su metamorfosis y siguiendo una política difícil, un inestable equilibrio entre los jacobinos y los fuldenses. Girondina más tarde, con los girondinos hubiera peleado tal amazona contra Robespierre, si no caen sus predilectos en error tan grave, como la causa y la sentencia del Rey. Pero presente á la Convención el Monarca, y acusado por modo tan terrible, los efectos de Olimpia se resolvieron todos á una por lo antiguo, y se decidió, sin miramientos ni consideraciones de ninguna clase, por la regia defensa en la tremenda causa. Moviada de tales nerviosas afecciones, ninguna mordaza podía ponerse á sus labios, como ningún freno á sus sentimientos. Arriesgóse, pues, á todo, y lo arriesgó todo; no tenía honra que perder la cuitada, pero sí tenía vida que perder y vida llena con amores y con esperanzas. Caída en tales simas, los bárbaros y crueles demagogos de la Convención y de la Comunidad, no supieron jamás compadecerla por débil, ni perdonarla por hermosa; todo lo contrario, afilaron sus lenguas, en las frases que cada partido usaba contra las mujeres pertenecientes á los partidos contrarios, y la insultaron soeces, sin respeto alguno á su condición y á su sexo. Un día, cierta turba de demagogos, la cercó cual un oleaje, y desnudando de sus tocas la hermosísima cabeza, púsola en subasta por quince sueldos, horrible subasta de que pudo salvarse, haciendo reír á sus verdugos, con ingeniosas é incomparables gracias. Mas, de tropiezo en tropiezo, de bajío en bajío, fué á dar la infeliz ante los magistrados revolucionarios, ante aquel tribunal compuesto, no de verdaderos jueces, de verdaderos verdugos. Hallábase por una incomprendible desgracia, entre tan aviesa gente, un hijo suyo, y al verlo, se creyó la cuitadísima salva, pero no contaba con los desfallecimientos de nuestra débil naturaleza: el hijo sentía un criminal afecto, un horrible miedo, y sintiendo miedo, acalló la voz de su sangre y se comió su propio corazón, infame antropófago. En vano la pobre mujer lo llamó con las voces tiernas y las palabras dulces, empleadas por su maternal amor cuando al pecho lo tenía ó sobre la falda; en vano levantó las suplicantes manos, que le habían ceñido las primeras vestiduras para preservarle de la enfermedad y conjurar las inclemencias naturales que azotan á los niños; el mónstruo no le hizo caso, y pagó con la muerte aquella vida que recibiera de su madre. A tal puñalada en medio del corazón, ya no pudo resistir

Olimpia por más tiempo; cayó desplomada y pidió á los demás circunstantes la vida con justo y fundado motivo, pues se hallaba en cinta, y hasta los tribunales del terror perdonaban á las mujeres en cinta. Las comadronas y los comadrones consultados por el tribunal, dijeron, cuando se apeló á su testimonio, que no podían decir si estaba ó no en cinta, pues, de estarlo debía ser ésta demasiado reciente y no se revelaba de ninguna manera. El tribunal infame la condenó á pesar de sus protestas y de sus gritos. Condenada, recorrió su heroica naturaleza en el patíbulo, muriendo aquella prostituta con el valor sublime de verdadera y santa mártir.

Desde mediados del mes de Diciembre Luis XVI se redujo en la prisión á preparar su defensa y á entenderse después con sus defensores, meditando sobre la suerte que le deparaba el destino á solas en su conciencia y diciendo en coloquios conservados por la Historia, sus pensamientos, sellados todos con la marca sublime de una resignación, estoica, por su serenidad en este mundo, cristiana, por su confianza en otro mundo mejor. Solo, sin las distracciones naturales procuradas por el hábito personal de á la continua departir con su familia, empleaba todo su tiempo, en aperebir el juicio que debía legar á la posteridad y para pedir á Dios que sus culpas le fuesen perdonadas por los méritos de sus obras y por la santidad de sus martirios. Ya hemos dicho el número de abogados asistentes á la defensa, ya hemos dicho como Targe, pretestando su avanzada edad, con sólo tener cincuenta y cuatro años, escusó defensa tan gloriosa, con la cual hubiera podido aumentar la gloria conseguida en la defensa del canalla cardenal Rohan; ya hemos dicho cómo le substituyó Tronchet, quien, á pesar de llevar diez años al precedente, no quiso escusarse por la edad; como á Tronchet se unió el viejo Malesherbes, verdadero santo en los calendarios de la razón y en los altares de la libertad; ya hemos dicho cómo Tronchet y Malesherbes, se adjuntaron el joven jurisconsulto bordelés Deseze, quien proyectó, redactó, concluyó la defensa de Luis XVI, acabando por leerla con gloria inmarcesible para su nombre, después de corregida y enmendada entre Luis y su viejo ministro ante la Convención republicana. Desde el día quince de Diciembre hasta el día diez y seis, no se ocupó en otra cosa el cautivo, á la continua visitado por sus ilustres consejeros. Bien es verdad que todo lo pedía y necesitaba la proporción enorme del proceso, compuesto de cincuenta y siete acusaciones, fundadas sobre ciento sesenta y dos documentos. Dentro del Temple no había ningún ánimo tan sereno como el ánimo de Luis XVI por la mañana del doce de Diciembre, día siguiente al día en que se presentó por segunda vez en la Convención. Aquella mañana la Reina tuvo un asalto intensísimo de dolor y un ataque furioso de nervios. Presa en el mismo castillo, donde su esposo estaba también preso, no podía comunicarse con él, á pesar de vivir tan cerca, exacerbando su pena la facilidad en el inmediato logro de un deseo que tan bárbaramente le impedía la crueldad increíble de los despóticos demagogos. Luis XVI se con-

solaba, después de rezar sus horas y hacer sus ejercicios piadosos, leyendo á San Francisco de Sales, en aquellas reflexiones sobre la nada de los placeres humanos y sobre la preparación que nos procuran los desengaños del mundo, haciéndonos desear el descanso de la muerte y el arribo á la eternidad. Así Luis había hecho de su triste celda un oratorio verdadero: el incomparable libro, que se llama la *Imitación de Jesucristo*, alternaba en su lectura con los libros de Sales. No se ha escrito jamás, ni en los tratados de Séneca, ni en las máximas de Marco Aurelio y Epitecto, una serie de ideas sobre la resignación al caso adverso y la conformidad con los dolores que la desgracia produce, como las contenidas en el maravilloso libro místico y monástico, llamado la *Imitación de Jesucristo*. En él se hace de la celda del monje un sepulcro apercebido por las oraciones y por las penitencias para servir de verdadero dintel á los cielos. Y como quiera que Luis no tenía familia en aquella sazón, y estaba metido dentro de su calabozo, como pudiera estar metido un muerto dentro de su mortaja, convertía la *Imitación de Jesucristo*, no en lectura más ó menos diaria, en vida y en acción. Cuando se cansaba de leer, volvíase á un crucifijo que le habían dejado por milagro; y los clavos que traspasaban los divinos pies, como las divinas manos, y la hiel que goteaba de los labios amargados por las esponjas del sayón; y las espinas puestas como corona real en la santa cabeza del Redentor; y la sangre que chorreaba por todo su cuerpo, servíanle para darle fuerzas en el sufrimiento de su pasión, y para prepararle al trance del patíbulo. Después leía para consolarse la multitud de cartas en que muchas almas generosas le brindaban á recibir y aceptar sus órdenes. Por manera que, ya lo hemos dicho y lo repetiremos ahora con ánimo de formular en breves líneas, la situación del Monarca en estos supremos instantes: no recordaba lo pasado, prescindía casi de lo presente, con la sola excepción de su familia, sumergiéndose por completo en el Océano de la eternidad. Para esa relativa eternidad terrestre, que se llama la Historia, preparaba su defensa y consultaba con sus defensores; para la patente y celestial eternidad, que se llama el otro mundo, empleaba su fe viva en Dios y sus continuas plegarias.

El ilustre abogado Malesherbes, nos ha transmitido en sus memorias las conversaciones del Rey, empleadas en preparar la defensa y las regias consultas con los solícitos abogados. Desde las cinco de aquellas tardes, hasta las nueve de aquellas noches, pasaba Luis el tiempo departiendo con Malesherbes, Tronchet y Deseze. Horas y más horas, consumía Luis buscando en qué delito incurriera para merecer de sus súbditos capitales sentencias, cuando él creía no merecer siquiera levisimos reproches. Ni el combate de la Bastilla, ni el terrible caso de Nancy, ni las aglomeraciones de tropas dirigidas contra el Congreso constituyente, ni el llamamiento de los extranjeros al territorio patrio que acababan de incendiar y estragar, podían llevarle á las mientes ningún odioso recuerdo y menos á la conciencia ningún remordimiento. ¿Cómo así? ¿Cómo un hombre de tal bon-

dad vertía sangre, y no se reprochaba jamás á sí mismo, en el más leve reproche, haberla sin piedad alguna vertido? Pues cosa muy sencilla: ese hombre, tan humilde, bondadoso y llano; más bien cerrajero que potentado ó magnate; naciera Monarca y Monarca se conservara desde sus primeros años hasta el día y hora de su muerte. Para él, toda libertad aparecía como una mengua del privilegio recibido en su cuna, del legado hecho por los muertos franceses á los Reyes de Francia; todo Cuerpo legislativo, como un triste convencional lleno de gárrulos usurpadores, que se habían erigido en soberanos sobre las depredaciones piráticas de su regia soberanía; toda reforma, por santa y útil que fuese, como un mal, si esta reforma no bajaba desde las alturas del trono á los abismos del pueblo en guisa de maná milagroso. Imposible con esta complexión artificial, sobrepuesta por la estirpe del Rey sobre la naturaleza del hombre, que Luis comprendiera cómo el mundo cambiara, y cómo, en este cambio, le tocaron aquella suerte y aquel destino adversos, inexplicables para él, dadas sus creencias, que se convertían á cada paso en profundas y numerosas supersticiones. Como esos astrónomos al modo antiguo chapados en el sistema de Ptolomeo, los cuales creían la tierra centro del universo, Luis XVI creía la corona centro insustituible del mundo francés antiguo y moderno. Así, aunque aceptara con tan sublime resignación la desgracia, y viera con tan heroico valor frente á frente la muerte, no creía en la total ruina de su trono, é imaginaba la revolución, como transitoria demencia del pueblo, pronto al regreso hacia sus antiguos dogmas y al restablecimiento de sus ídolos antiguos. Una respuesta guardada por Malesherbes y dada tras algunas interrogaciones de este último dirigidas á Luis con escasa oportunidad, prueba cómo á su naturaleza de buen hombre se había sobrepuesto la naturaleza de Rey. El defensor conservaba siempre una infundadísima esperanza, de que no decretaran sus jueces la muerte del Rey; de que decretaran solo el destierro. Y en tal supuesto, le preguntaba cuál país escogiera para su residencia, si le dejaran libre los convencionales opción semejante. Luis respondió que deseaba ir á Suiza y que muy poco tiempo estaría en semejante retiro, pues, entregados á sí mismos los franceses, concluirían por llamarlo prontamente al trono, en cuya circunstancia, cuando se diera tal caso, proponíase no volver sin que la religión Católica fuese la religión oficial del Estado, y sin que la bancarrota se imputase con toda solemnidad á sus verdaderos autores, á los infames revolucisionarios. La continua esperanza de un movimiento popular en favor de la dinastía, por todos los príncipes del Temple acariciada, prueba también cómo no se dieron, ni por un minuto, cuenta del estado de los espíritus en París y del destino que le reservaban las ideas y las pasiones populares, todas ellas encrespadísimas, todas sublevadas al empuje de una espiritual tormenta, como no vieran los siglos ninguna otra en sus grandes y trágicas metamorfosis. Después de haber observado el tremendo aspecto que le ofrecían las muchedumbres; después de haber oído estrofas de la Marsellesa, cantadas cerca de su carroza por comuneros furiosos; aun roga-